



HISTORIA DE HILDA Y ALFONSO: DIOS ES INJUSTO CON NOSOTRAS

Me llamo Hilda Leticia Rodríguez, y desde el 13 de septiembre de 2011 busco a mi hijo Alfonso. Yo fui de las personas que pensaban que esto nunca me pasaría a mí, porque sólo le pasaba a la gente mala o a la que se metía en problemas. Esta experiencia tan dura me ha enseñado a no juzgar, a entender que en este país a cualquiera nos pueden desaparecer, estamos en medio de una tormenta.

En agosto de 2015 me integré a Las Buscadoras, y ahora no estoy sola en mi búsqueda, he aprendido mucho de cada una de ellas. Conozco las historias de sus hijos e hijas y hay mucha gente inocente que de un día a otro desaparece. Por eso yo siempre salgo a la defensa cuando hay personas que ven noticias y que dicen: “Si lo levantaron³ es porque andaba mal”, “Si lo mataron es porque andaba mal”, “Si está desaparecido es porque sí andaba mal”. Yo siempre les digo a esas personas: “Ustedes nunca señalen, porque hay mucha gente inocente y entre ellos está mi hijo. En Las Buscadoras, y en el grupo de desaparecidos, hay mucha gente inocente. No somos nadie para andar señalando, ahora estamos nosotros aquí, en medio de esta tormenta, al rato quién sabe si no serán ustedes, yo no se los deseo, pero no debemos de señalar, no somos nadie para juzgar”.

Tengo dos hijos más y ellos siguen aferrados a la idea de que su hermano está vivo, que un día va a regresar a casa; su lógica es que su hermano no puede estar muerto porque no es gente mala. Como si sólo a la gente mala le pasaran estas cosas. A mí me ha costado mucho acep-

³ “Levantar” o “levantón” es un localismo empleado para referirse a los secuestros y desapariciones forzadas [N. de las E.].

tarlo, pero al integrarme a Las Buscadoras me he ido fortaleciendo y he ido entendiendo que hay una gran posibilidad de que mi hijo esté muerto. Pero reconocer esto ha sido un proceso muy doloroso, después de buscarlo en vida durante varios años. A mí me ha tocado enfrentarme a muchas violencias a lo largo de mi vida y siempre me he podido reponer, pero éste ha sido uno de los golpes más fuertes que me ha dado la vida. Incluso he llegado a renegar de Dios, si realmente es misericordioso ¿por qué ha sido tan injusto con nosotros?

Desde niña me tocó enfrentar el abandono de mis padres, que se divorciaron y me dejaron con mis abuelos. Éramos muy pobres porque vivíamos de lo que el abuelo podía sacarle a la parcela y de ahí comíamos cuatro hermanos y dos primas, hijas de una tía que era madre soltera. Los abuelos eran muy cariñosos con nosotros, pero la tía era muy dura, sentía que le quitábamos a sus hijas la poca comida que había. Por la misma pobreza, estudiar era un lujo que no nos podíamos dar; cuando terminé la primaria quise seguir estudiando la secundaria, pero mi abuela no me dejó, me dijo que no había dinero para las inscripciones ni los libros, que de plano no se podía. Me quedé con las ganas de estudiar, me hubiera gustado ser una persona con una profesión para salir adelante.

Me tocó quedarme en casa y ayudar a la abuela a hacer tortillas, a hacer comida, lo poquito que había en casa; matábamos gallinas que los abuelos criaban. Con la leche de la vaca hacían panela, nos enseñaban a hacer todo eso, las tareas que se hacen en el campo. Pero no estuve tanto tiempo en casa de los abuelos porque a los 16 años me robó el papá de mi hijo Alfonso.

Eran otros tiempos, las jóvenes no teníamos nada de información, no sabíamos nada sobre el sexo y cuando los adultos hablaban de esos temas nos corrían. El papá de mi hijo mayor vendía paletas de hielo, él ya tenía 30 años y yo era sólo una plebe⁴ de 16. Me invitó al cine a Los Mochis, y yo acepté porque quería pasear. Pero me engañó y me llevó a un hotel; llorando le pedí que me dejara ir, pero él no me escuchaba. A la mañana siguiente me llevó a la casa de su mamá y ahí me dejó. No

⁴ Localismo para referirse a las y los jóvenes [N. de las E.].

tuve opciones, me tuve que quedar con él porque los abuelos se sentían ofendidos y uno no podía volver como si nada a la casa, por eso me quedé con él. Yo tenía mucho miedo de que se enojaran y me pegaran, así que no me quedó otra que ir a presentarlo con ellos, y así me convertí en su esposa.

A los cinco meses ya estaba embarazada de Alfonso. Los primeros años de mi niño fueron muy difíciles, porque su papá era muy violento y me pegaba mucho. Nos vinimos a vivir al ejido, a un solar que me dieron los abuelos aquí mismo donde está esta casa; construimos una casita de madera muy sencilla. Él compraba mandado y cuando regresaba de su trabajo quería que la comida estuviera ahí, sin tocarse, y si habíamos comido algo me golpeaba. Al niño no le pegaba, pero mi hijo miraba todo, presenciaba, y me abrazaba llorando, asustado. Con el tiempo decidí que no quería que mi hijo creciera así, y tomé la decisión de separarme.

Para entonces mi abuelo ya había muerto y mi abuela tomó muy mal lo de la separación. Me decía que iba a andar de un marido a otro, teniendo plebes con varios hombres. Ella lo defendía a él porque yo no le había contado lo que vivía en casa. Entonces tuve que confesarle lo que estaba pasando, que me golpeaba, y le enseñé los golpes. Le mostré las bolas que tenía en la cabeza, porque me jalaba mucho los cabellos. Ni siquiera me dejó llorar tranquila la muerte del abuelo; él me pegaba y me regañaba porque yo lloraba. Me puse muy mal, pues fue el único padre que tuve, lo quise muchísimo, yo era su consentida. Con su muerte se acabó un poco de mi vida. Pero tenía a Alfonso, que fue el que me impulsó a seguir adelante.

Me convertí en madre soltera, porque el papá de mi hijo no me ayudaba en nada. Yo entonces no sabía que era una obligación para él y que lo podía demandar. Así que salí adelante sola, me puse a trabajar haciendo tortillas de harina para unas señoras que tenían un restaurante en Los Mochis. Aquí en la casa me ponía a tejer vestiditos para niña, sombreros, calcetas, y los fines de semana hacía comida para vender en el ejido. Luché mucho para ganar cada peso, para darle de comer a mi hijo. No tenía apoyo ni de mi padre ni de mi madre, y aún no tenía derechos ejidales. Años después murió un tío mío y me heredó su parcela,

lo que me permitió sacar adelante a mi familia. Ahora soy ejidataria y he participado en el Comisariado Ejidal.

Cuando Alfonso tenía 4 años me enamoré del papá de mis otros dos hijos. Esta vez sí fue amor de verdad, él me hacía cartas y me fue cortejando. Cuando lo conocí era albañil, pero luego consiguió trabajo como policía municipal. Eran otros tiempos, entonces la policía no era corrupta ni estaba metida con el crimen organizado; la vida era tranquila por estos rumbos. Se llamaba Ramón y era divorciado, tenía una niña, y en un principio aceptó a mi hijo Alfonso como si fuera su hijo. Me acuerdo cómo fue que empezamos a vivir juntos: mi niño y yo estábamos cenando frijolitos caldudos con panela y tortillas de harina cuando tocaron la puerta, la casita era de madera, una chocita; me asomé, eran como las 5 de la tarde, traía una mochilita a la espalda. En cuanto abrí la puerta me dijo: “¿No pueden recibir a un pobre hombre que está ansioso de un hogar que lo quiera y necesite?”. Así me dijo y abrazó al niño. Nunca voy a olvidar ese momento, yo dije “¡ay mi vida!”, y sí me emocionó la idea, ya que sentía algo muy fuerte por él. “De aquí soy”, dije yo. Y sí, hicimos una vida de familia muy feliz por varios años. Tuvimos dos hijos más: Ramón Alberto y Cleto Isaac. Cuando heredé la parcela, él dejó la policía y empezamos a sembrar caña; también trabajaba regando otras parcelas.

Pero cuando nació Cleto Isaac, mi segundo hijo, Ramón empezó a hacer diferencias entre los niños. No sé de dónde le vinieron los celos, pero empezó a tratar mal a Alfonso, a gritarle, a reclamar que se comiera la comida que podría ser para sus hijos. Mi niño era pequeño y no entendía lo que pasaba, él le llamaba papá y lo quería mucho. Lloraba y me preguntaba por qué su papi estaba siempre enojado con él. Yo defendía al niño y terminábamos siempre peleando, así empezamos a tener muchos problemas. Su abuela, la mamá de Ramón, se daba cuenta de lo mal que su hijo trataba a mi niño; ella vivía en Obregón y cuando la visitábamos era testigo de los malos tratos de su hijo. Un día me dijo: “Cuando Ponchito crezca, él es el que te va a sacar de tus enfermedades, el que te va a apoyar siempre”. Dicho y hecho, mi hijo Alfonso fue siempre mi principal apoyo.

Empezó a trabajar desde chico, primero en el campo, cosechando calabacitas. Era sangre liviana, se hacía amigo de todos, era muy querendón. Una vez que hubo recorte de trabajadores, llegó llorando porque lo habían despedido, era un plebe de unos 10 años. Al día siguiente llegó el mayordomo y me preguntó por mi niño; me explicó que la jefa y la apuntadora de campo se habían enojado porque lo había despedido, que le dijeron: “haces recorte de personal, pero al Ponchito no lo tocas”. Después entró a trabajar en una papelería de unos amigos de su papá. Siempre estudió y trabajó, y me ayudó mucho con sus hermanos. Crecieron muy unidos, para ellos no existía la palabra “medio hermano”, eran hermanos y punto.

A inicios de 1991 le dio un infarto a Ramón, el papá de mis hijos pequeños. A partir de esa enfermedad él se empezó a comportar más grosero conmigo, fue de mal en peor. Un día estaba planchando cuando él llegó de Los Mochis, y así sin nada, sin ningún pretexto, me golpeó. Me lastimó la quijada, me la desencajó, me sentí muy mal y me dio mucho sentimiento. Le dije: “¿Por qué me pegas?”. “Porque me da la gana”, contestó. “Es la última vez que te voy a soportar”, le respondí. Le doblé toda su ropa que tenía planchada y se la puse en una maletita que teníamos y le dije: “vete, ya nos has maltratado mucho a mí y a mis hijos, no nos merecemos este trato”.

Nunca más regresó a la casa. Me dolió muchísimo porque lo quería, pero no podía permitir que de nuevo me maltrataran y que mis hijos vivieran rodeados de violencia. Lo hice para protegerlos y no me arrepiento. De nuevo tuve que enfrentar la vida yo sola, pero ahora tenía la parcela y Alfonso ya estaba grandecito y podía ayudarme. Volví a hacer comida para vender, hacía tortas y los niños me ayudaban a venderlas. Nunca más me quise juntar con nadie, llevo 25 años sola y ya no quiero otro hombre en mi vida, me da miedo. Yo pensé que con Ramón sería diferente, porque había amor entre nosotros, pero al final nuevamente llegaron los celos y la violencia.

No me hizo falta marido para sacar a mis hijos adelante. Les di estudios a los tres y también los apoyé para que iniciaran sus propios negocios. Alfonso estudió administración de empresas comerciales en

Los Mochis; Cleto Isaac estudió ciencias de la comunicación, y Ramón Alberto sólo se quedó con la secundaria, pero siempre ha sido bueno para los negocios.

En 2008 las cosas comenzaron a cambiar en el ejido: se hizo común la venta de drogas, varios jóvenes cayeron en vicios y se empezó a escuchar de más robos, cobros de derecho de piso, violencia. Los muchachos que se volvieron adictos, robaban para mantener sus vicios. Yo siempre los traté bien, me daban pena los pobres muchachos y ellos me hablaban con respeto. Pero no puedo negar que tenía mucho miedo, porque tenía tres varoncitos y no quería que se me fueran a ir por el mal camino. Pero lo bueno es que ellos nunca se metieron en problemas, eran buenos estudiantes y no tomaban ni usaban drogas. Alfonso desde niño era de puros dieces, cuando sacaba un nueve casi lloraba, así que no tenía de qué preocuparme.

Los tres crecieron como hombres de bien, se casaron con muchachas buenas y me han dado seis nietos que quiero muchísimo. Alfonso tiene dos jovencitas adolescentes y un niño de nueve años. En 2009 vendí tres hectáreas y le di a cada uno de mis hijos cien mil pesos. Con ese dinero, Alfonso y Ramón Alberto compraron cinco camionetas ya usadas, y empezaron un negocio de compra y venta de fierro viejo. En eso trabajaba Alfonso cuando desapareció.

Yo me había ido a Hermosillo al velorio de un sobrino. Él se ofreció a llevarme, pero por no dar molestias insistí en irme sola en autobús. Era el 13 de septiembre, y mi hijo había tenido problemas con una de sus camionetas y necesitaba cambiarle unas partes. Me cuenta mi nuera que llegó cansado del trabajo y no quiso acompañarla al centro a hacer unas compras. Más tarde le habló por celular para avisarle que un vecino, al que conocíamos como “El Bigotes”, lo había invitado a comer mariscos a San Miguel Zapotitlán, y que iba a aprovechar para pasar a un yonke⁵ a buscar las piezas que necesitaba. Fue la última vez que habló con su esposa.

A mí todavía me marcó; como siempre, se preocupaba por mí. En nuestra última conversación me dijo: “Mami, come taquitos en Obre-

⁵ Deshuesadero o lugar donde se desarman vehículos [N. de las E.].

gón para que no te vayas malpasando y cuando llegues a Hermosillo no dejes de marcarme”. Fue la última vez que hablamos. No volvió a responder a mis llamadas y nunca regresó a su casa.

Cuando se hacía de noche y no regresaba, Patricia, mi nuera, decidió salir a buscarlo, se fue a la comandancia de policía, a la Cruz Roja, a los hospitales. No lo encontró por ningún lado. A la mañana siguiente escuchó en la radio que hubo un levantón por San Miguel el Nuevo, que habían matado a uno y se habían llevado a otros dos. De inmediato se fue a buscar a la esposa del vecino y fue ahí que recibió la mala noticia. La esposa le dijo que creía que el muerto era su esposo y que los otros dos eran mi hijo y un muchachito de 20 años, vendedor de tortillas, también vecino, que los había acompañado.

A mí no me tocó vivir nada de esto. Yo venía de regreso de Hermosillo, y mi hijo Isaac, que para entonces vivía en Navojoa, se había venido a Los Mochis y se había comunicado conmigo avisándome que Alfonso no aparecía, pero no me dijo nada del levantón. Cuando llegué y me enteré de lo que había pasado fui a dar al hospital. No podía creer que esto le estuviera pasando a mi hijo, que nunca le había hecho nada malo a nadie. Mis otros hijos ya habían puesto la denuncia ante el Ministerio Público, pero todos estábamos seguros de que iba a aparecer, pensamos que probablemente había sido una equivocación y que lo iban a soltar. Esperamos y esperamos. Dábamos vueltas al Ministerio Público para ver si había noticias, pero nadie estaba investigando nada. No había a quién recurrir, estábamos solos ante la desgracia.

Yo empecé a buscarlo en vida por todos lados. Recorriamos los ejidos, fuimos a San Blas, Mochicahui, a San Miguel, hablábamos con la gente, les mostrábamos su foto y ofrecíamos recompensa a quienes nos dieran información. Tres o cuatro veces a la semana iba a la Procuraduría a pedir información, pero ni siquiera se tomaban la molestia de ver su expediente en la computadora, simplemente me decían que no había nada. Un año después de que desapareció perdieron el expediente. Cuando me quejé ante el subprocurador por la negligencia, uno de los auxiliares de la Agencia Primera me dijo que se había cerrado el caso porque no había nada que investigar. Tuvo el cinismo de decirme eso,

cuando nunca habían investigado nada. Durante cuatro años busqué sola, casi me vuelvo loca de desesperación.

Mientras tanto, veo crecer a mis nietas con la tristeza reflejada en el rostro. Están muy delgadas, no es normal cómo están, y me preocupo mucho por su salud. Son muy sensibles mis nietas, a ellas les ha pesado muchísimo la desaparición de su padre. Mi hijo siempre había sido muy “mentiroso” con ellas, jugaban mucho, las levantaba en brazos, las besaba, les decía que las quería mucho y que quería que ellas fueran unas profesionistas, así como él, que le echaran ganas y que él siempre las iba a apoyar. Ahora que él no está, trato de estar siempre ahí cuando me necesitan y trato de apoyarlas en sus estudios, una está estudiando para ser ingeniera industrial y la otra ingeniera bioquímica. Las dos son estudiosas y comprometidas como su padre.

Desde hace dos años ya no estoy sola en esta búsqueda, me he integrado a Las Buscadoras y esto me ha fortalecido mucho. En agosto de 2015, el Ministerio Público que lleva el caso de mi hijo me sugirió que me integrara al grupo de Las Buscadoras de El Fuerte, y me dio el teléfono de Mirna Medina. El 12 de septiembre de 2015 se hizo una marcha en El Fuerte para conmemorar la formación del grupo, y por primera vez marché con ellas. Desde entonces soy una rastreadora más y he acompañado muchas búsquedas.

Al principio rezaba al Santísimo pidiéndole que me lo regresara vivo, pero no he tenido respuesta y esto me ha llevado a renegar de Dios. Mis compañeras dicen que es misericordioso, pero yo no estoy de acuerdo, yo creo que si Dios existe es un Dios injusto, porque nosotros no merecemos esto que estamos viviendo. Yo he renegado de Dios.

A LAS MADRES DE LOS DESAPARECIDOS

*Almas errantes
Mamás que lloran
migajas de ellos
piden a Dios orando
pedazos de ellas
los saben ausentes
No hay nada de ellos.*

MARÍA ELENA BASAVE